

L LEGA CON gafas de sol puestas y no se las quitará en toda la entrevista. Viste de negro de arriba abajo y una chaqueta estilo kimono que deja ver los tatuajes en sus brazos. No quiere fotos. El chileno Benjamin Labatut se ha convertido en poco tiempo en la última sensación literaria escribiendo sobre el malestar que supone habitar el mundo de hoy. Es el autor de *Un verdor terrible* (Anagrama), una mezcla de ficción y hechos reales sobre los científicos Alexander Grothendieck, Albert Einstein y Werner Heisenberg, cuyos descubrimientos cambiaron la física en el siglo XX. La novela ha sido traducida a 22 idiomas, suma ediciones sin parar (ya por la 13) y Obama la incluyó en su famosa lista de lecturas el año pasado. Ahora publica *La piedra de la locura*, también en Anagrama, donde vuelve a partir de un matemático, David Hilbert, y del delirio que sufrió en sus últimos años el escritor de ciencia ficción Philip K. Dick para reflexionar sobre cómo la realidad se ha convertido en un simulacro. ¿Cuándo dejamos de entender el mundo? ¿Por qué sentimos todo el rato que se va a acabar?

P.— ¿Cuál es la conexión entre ambos libros?

R.— En los dos escribo sobre los sueños locos de la razón. Me interesa la parte más cuerda de la locura, las partes de la realidad en las que cuesta creer. La locura es la experiencia más aguda y dolorosa. Le mente construye un sentido del mundo y la locura desnuda ese sentido. Al hacerlo, plantea preguntas que son muy incómodas y que todos evitamos para poder hacer nuestra vida. A mí me parece que las personas normales, por así decirlo, no se dan cuenta de que comparten los mismos mecanismos. Todos andan creando un mundo que es a la vez muy frágil y firme, muy difícil de alterar.

P.— Las personas sobre las que escribe lidian con los límites del conocimiento hasta bordear la locura, ¿por qué le atrae?

R.— La irracionalidad da una perspectiva sobre la realidad que, en mi opinión, está más cerca del corazón de la literatura. La

BENJAMÍN LABATUT

NO CREO EN DIOS, PERO PIENSO EN ÉL MUCHO

Tras convertirse en la última sensación literaria con 'Un verdor terrible', el escritor chileno publica 'La piel de la locura', un ensayo donde reflexiona sobre cómo una cierta "demencia" se ha infiltrado en el mundo y analiza la sensación creciente de que nada tiene sentido

POR LETICIA BLANCO
BARCELONA

literatura es de las pocas artes humanas que tiene un pie en cada mundo: nos interesa la razón, es completamente necesaria, pero para mí el centro de la literatura es el delirio. Los textos sin una cuota de delirio están muertos. Todo lo que escribo lo hago buscando ideas extremas.

P.— ¿Qué ideas?

R.— Exagero las vidas de los personajes, pero sus biografías están llenas de ciertas ideas que son

radioactivas, que tienen la capacidad de cambiarte. Como la idea de Dios. Tú puedes pasar frente a la Iglesia todos los días, pero si esa idea se vuelve carne para ti un segundo, te cambia la vida. Yo tuve un momento así, donde el signo del mundo se me giró de golpe. De un segundo a otro. Creo que la mayor parte de las personas, con razón, evitan ese tipo de experiencias. Vivimos haciendo esfuerzos constantes para mantener la coherencia. Lo que yo trato de buscar son esos momentos en la historia de la ciencia y el arte en los que se impone algo tan nuevo, tan extraño, que no puedes seguir siendo el mismo. Ese momento en el que pierdes tu sentido del mundo y todo se vuelve a reconstruir.

P.— ¿Algo parecido a una iluminación?

R.— Cuando llegas a un punto en el que no hay suelo debajo de los pies y no hay cielo arriba y estás flotando en el aire, cayendo: ese momento es donde puedes estar más cercano a lo que creo que son todas las tradiciones. Se parece mucho a la mente de los locos y a la de los niños. El problema de la epifanía es que no dura. El tema es qué se hace después del golpe de luz.

P.— Dice que aunque el ser humano se ha enfrentado a muchas transformaciones, «la velocidad, la violencia y el alcance de la crisis actual» no tienen parangón.

R.— Hemos llegado a un punto en el que el ritmo de cambios es tan grande que la sensación por excelencia de vivir ahora es el miedo. Y sin embargo, es necesario este proceso porque tenemos que enfrentar el siglo XXI con otra mente y eso requiere romper la actual. Lo que sentimos son dolores de parto. Cualquier madre sabe que el momento más peligroso para el bebé es justo antes de salir. Estamos en el canal de parto, con la cabeza aplastada. Lo que me gusta es que es un momento donde nadie sabe. Los expertos no saben qué decir. Nos estamos dando un baño de incertidumbre. Yo tampoco tengo ninguna respuesta.

P.— No lo menciona mucho, pero en todo el libro planea la idea de Dios.

R.— Las personas tienen que construir su sentido del mundo y parte de ello consiste en volver a generar una relación con lo invisible, que es lo que hemos perdido. Yo estoy absolutamente convencido de que no podemos dejar a Dios en manos de los creyentes. Es demasiado importante. Hay que recuperar todo ese aspecto de la experiencia humana. El arte sin una relación con lo invisible es letra muerta. Los aspectos más profundos de la experiencia son aquellos que exceden al ser humano. No es necesario ir



“EL ARTE SIN UNA RELACIÓN CON LO INVISIBLE ES LETRA MUERTA»

a misa para entender que el universo nos excede. Y, por ende, para tener una relación con él no sólo de humildad, sino de fascinación. Hay que volver a fascinarse con los grandes misterios. Lo que pasa es que no tenemos más lenguaje que el que han desarrollado las religiones para hablar de ellos. Yo no creo en Dios, pero pienso en Dios mucho. En la relación con lo invisible y el misterio está la base de la conciencia humana.